

procas y tienen por condición común una gran vivacidad de espíritu. Como acabamos de ver, ambos provienen, no tanto de lo presente como de una anticipación de lo porvenir. Pero siendo el dolor la esencia de la vida y hallándose determinado en cuanto á sus proporciones por la naturaleza del individuo, no pueden modificar su grado repentinos cambios que vengan de fuera. Resulta de ahí que el dolor ó el gozo excesivos descansan siempre sobre un error ó una ilusión, y que la inteligencia debe de poder evitar esta exageración del sentimiento, en uno ú otro sentido. Toda alegría excesiva (*exultatio, insolens lætitia*) nace siempre de esta ilusión que nos hace creer que hemos hallado en la vida una cosa que jamás se encuentra: la desaparición definitiva de los cuidados que nos atormentan y se renuevan sin cesar. Cada ilusión de este género nos es arrebatada infaliblemente luego, y entonces nos causa su pérdida tanto dolor amargo como alegría nos produjo su aparición. Bajo este aspecto párecese á una montaña escarpada, de la cual no se puede bajar más que dejándose caer desde la altura, y á la que no conviene subir por esta causa: todo dolor repentino, exagerado, procede de una caída de este género, de la pérdida de esa ilusión, que es por lo tanto condición de él. Admitido esto, se deberían evitar ambos extremos, procurando contemplar el conjunto y el encadenamiento de las cosas con mirada completamente serena y sin atribuirles jamás los colores que desearíamos que tuviesen. La moral estoica tendía principalmente á emancipar al espíritu de esta ilusión y de sus consecuencias, y á inculcarle en cambio una perfecta ecuanimidad. De este mismo sentimiento se muestra penetrado Horacio, en la oda tan conocida:

*Æquam memento rebus nī arduis
Servare mentem, non secus in bonis*

Ab insolenti temperatam

Lætitia.

Pero las más de las veces rehusamos reconocer esta verdad, semejante á una medicina amarga, de que el dolor es esencial á la vida y no nos invade desde fuera, sino que cada uno lleva en su interior el manantial inagotable de él. Buscamos siempre una causa externa especial, un pretexto, por decirlo así, del dolor que, sin embargo, no se separa nunca de nosotros; como el hombre libre que se crea un ídolo para tener un amo. Queremos infatigablemente, de deseo en deseo y aunque ninguna realización, por mucho que prometa, pueda satisfacernos y no veamos en seguida en ella más que un error humillante, nos empeñamos, sin embargo, en no comprender que estamos haciendo el trabajo de las Danaides, y corremos sin cesar hacia nuevos deseos:

*Sed, dum abest quod avemus, id exuperare videtur
Cætera; post aliud, quum contigit illud, avemus;
Et sitis æqua tenet vitai semper hiantes.*

(Lucrecio III, 1095.)

Esto continúa así hasta el infinito, ó bien (lo que es más raro y supone ya cierta fuerza de carácter) hasta que encontramos un deseo que no podemos satisfacer ni abandonar; poseemos entonces en cierto modo lo que buscábamos, á saber, una cosa á la que podemos acusar en todos los momentos de ser la fuente de nuestros dolores, en vez de acusar á nuestro propio ser; esta cosa nos malquista con la suerte, pero nos reconcilia con la vida porque aleja de nuevo de nuestro espíritu la creencia de que el dolor es parte integrante de la existencia y de que toda satisfacción real es imposible. El resultado definitivo de esta metamorfosis es una disposición ligeramente melancólica. El hombre lleva entonces en sí constantemente un

grande y único dolor que le hace olvidar todas las alegrías y todas las aflicciones menores. Esto constituye ya una actitud más digna que el fenómeno habitual de una carrera incesante en persecución de fantasmas, que varían continuamente.

§ 58.

Toda satisfacción, lo que se denomina vulgarmente felicidad, es siempre de naturaleza negativa y en modo alguno positiva. No es una felicidad espontánea y que nos viene de sí misma, sino la satisfacción de un deseo, pues desear, es decir, tener necesidad de alguna cosa, es la condición previa de todo goce. Mas con la satisfacción cesa el deseo, y por consiguiente, el placer. La satisfacción ó felicidad no puede ser nunca más que la supresión de un dolor, de una necesidad, pues á esta categoría pertenecen no sólo los sufrimientos reales y evidentes, sino también todo deseo que nos importuna turbando nuestro reposo, y hasta el aburrimiento mortal que hace de nuestra existencia una carga. ¡Y cuán difícil es llegar á un fin, conseguir cualquier cosa! Cada proyecto tropieza con dificultades y exige esfuerzos sin número; á cada paso se acumulan los obstáculos. Y cuando al cabo todo esto ha sido vencido, cuando llegamos á la meta, ¿qué otro resultado obtenemos más que vernos libres de un dolor ó de una necesidad, es decir, hallarnos exactamente en el mismo estado que antes?

No hay nada directo más que la necesidad, es decir, el dolor. La satisfacción y el goce son sentidos indirectamente por el recuerdo del dolor y de la privación pasados, que cesaron al aparecer aquéllos. De ahí viene el que no sintamos ni apreciemos bastante los bienes y ventajas que poseemos; nos parece que son cosa natural,

pues no nos hacen felices más que negativamente, apartando de nosotros el dolor. No comprendemos su valor más que cuando los perdemos, pues la necesidad, la privación, el dolor, son lo único positivo y lo único que se hace sentir directamente. He aquí por qué el recuerdo de los males de que nos hemos librado, tristezas, enfermedades, miseria, etc., nos es grato, pues es el único medio de gozar los bienes presentes. Y debemos confesar también que, por este concepto y desde el punto de vista del egoísmo, que es la forma del deseo de vivir, el aspecto ó el relato de las desgracias ajenas nos proporciona de un modo análogo una agradable satisfacción, como lo expresa Lucrecio francamente y en hermosos versos, al principio de su segundo libro:

*Suave, mari magno, turbantibus æquora ventis,
E terra magnum alterius spectaro laborem;
Non quia vexari quemquam est jucunda voluptas:
Sed, quibus ipse malis careas, quia cernere suave est.*

Sin embargo, veremos más adelante que el contento debido á una apreciación del propio bienestar en semejantes circunstancias está muy próximo á la fuente de donde emana la maldad positiva y real.

Esta verdad de que la dicha es de naturaleza negativa y no positiva, de que no es una paz y un contento permanentes y de que, á lo sumo, puede librarnos de un dolor ó de una necesidad, seguidos bien pronto de otros nuevos, ó bien de la melancolía, de la aspiración en el vacío y del aburrimiento, esta verdad, repito, está confirmada también por el arte, y sobre todo por la poesía, fiel espejo de la naturaleza del mundo y de la vida. Una obra épica ó dramática no puede tener, en efecto, otro asunto que las luchas, los esfuerzos, los combates para

conseguir la felicidad y no la misma dicha duradera y perfecta. Conduce á la meta á su héroe á través de mil dificultades y peligros, y tan pronto como aquél ha alcanzado la victoria, hace caer el telón, pues lo único que podía ya mostrar es que ese fin glorioso en que el héroe pensaba hallar la dicha, le ha engañado, y que después de llegar á él se encuentra lo mismo que antes. Como la felicidad verdadera y durable es cosa imposible, no puede ser objeto del arte. El idilio tiene, en verdad, el fin de pintar ese estado; pero se ve fácilmente que este género no puede mantenerse como puro idilio. En manos del poeta se transformará, ó bien en poesía épica, y entonces será una insignificante epopeya, compuesta sobre pequeños dolores, alegrías pequeñas y pequeñas ambiciones, que es el caso más frecuente, ó bien en mera poesía descriptiva que pinte la hermosura de la Naturaleza, es decir, el conocimiento puro y emancipado de la voluntad, lo cual constituye, en efecto, la única dicha verdadera que no es precedida por privación ni dolor alguno y á la que nunca siguen forzosamente el arrepentimiento, el dolor, el vacío, ni la saciedad; pero semejante dicha sólo puede llenar algunos momentos, y no la existencia entera.

Lo que no vemos en la poesía lo hallamos en la Música, puesto que hemos reconocido que la melodía refiere de una manera general la historia íntima de la voluntad consciente de sí misma, la vida oculta, las aspiraciones, las tristezas y las alegrías, el flujo y el reflujo del corazón humano. La melodía camina siempre alejándose del tono fundamental, siguiendo mil sendas extraviadas y caprichosas, pasando por las disonancias que mejor traducen el dolor, hasta que vuelve, en fin, al mismo tono fundamental, que expresa la satisfacción y el apaciguamiento del querer, pero con el cual no se puede hacer

después de esto nada más. Mantener por más tiempo la nota fundamental produciría una monotonía pesada y ociosa, correspondiente al aburrimiento.

Todo lo que las presentes consideraciones tienden á dilucidar, es decir, la imposibilidad de llegar á un contento duradero, así como el carácter negativo de la felicidad, encuentra su explicación en lo que dijimos al final del segundo libro, á saber: que la voluntad, de la cual es objetivación la vida humana, como todos los demás fenómenos, es una tendencia sin fin y sin término. Descubrimos este sello de eternidad en todos los elementos parciales que componen su fenómeno total, desde sus formas más generales: el tiempo y el espacio infinitos, hasta su manifestación más alta, que es la vida y la aspiración humana.

En teoría pueden admitirse tres extremos de la vida humana, que son como los elementos de la vida real del hombre. En primer lugar, una volición enérgica, grandes pasiones (*Radscha Guna*), que es lo que se manifiesta en los grandes caracteres históricos y forma el asunto de la epopeya y del drama; pero esto puede mostrarse también en esfera más reducida, pues la proporción de los objetos se mide aquí por el grado en que agitan á la voluntad y no por sus relaciones exteriores. En segundo lugar, el conocimiento puro, la concepción de las Ideas, que tiene por condición una inteligencia emancipada del servicio de la voluntad; ésta es la vida del hombre de genio (*Satwa Guna*). Y por último, en tercer lugar, el letargo extremado de la voluntad, y á consecuencia de él, el de la inteligencia, la aspiración vacía, el aburrimiento que paraliza (*Tama Guna*). La vida individual, lejos de mantenerse en uno de esos extremos, rara vez llega á ellos; por lo general, sigue una marcha lenta y vacilante que la aproxima á uno ú otro de los tres estados; es un querer

débil, aplicado á objetos mezquinos, que se renueva sin cesar, para librarse del tedio.

Es verdaderamente increíble cuán insignificante y futil parece, vista desde fuera, la vida de la mayor parte de los hombres, y cuán melancólica é irreflexiva es sentida interiormente. Es una aspiración vaga, tormentos sordos, una marcha vacilante y soñolienta á través de las cuatro edades de la vida, hasta llegar á la muerte, todo acompañado de pensamientos vulgares. Son semejantes los hombres á relojes á los que se da cuerda y que andan sin saber por qué; cada vez que un hombre es concebido y viene al mundo, el reloj de la vida humana tiene cuerda de nuevo para repetir frase á frase y medida á medida con imperceptibles variaciones la sonata, tocada ya innumerables veces.

Cada individuo, cada figura humana, con su existencia no es más que un breve ensueño de la eterna voluntad de vivir, del genio inmortal de la Naturaleza. Es un bosquejo más, fugitivo, que traza, jugando, la voluntad, sobre su lienzo infinito (el espacio y el tiempo), y que no deja durar más que un instante imperceptible, borrándolo en seguida para dibujar nuevas imágenes. Con todo, este es el aspecto grave de la vida, cada uno de esos bosquejos fugitivos, cada uno de esos vulgares croquis debe pagarle la voluntad de vivir, en la plenitud de su violencia, con mil profundos dolores, y al cabo con el amargo precio de una muerte, largo tiempo temida y que infaliblemente llega. Esto es lo que hace que la vista de un cadáver nos ponga repentinamente serios.

La vida de cada individuo, considerada en conjunto y en su generalidad, sin fijarse más que en los rasgos principales, es siempre una tragedia; pero examinada en sus pormenores se convierte en comedia, pues el sesgo y tormentos de cada día, las molestias incesantes del mo-

mento, los deseos y los temores de la semana, las contradicciones de cada hora, enviadas por la suerte, ocupada de continuo en hostigarnos, son verdaderas escenas de comedia. Pero los deseos siempre defraudados, los esfuerzos que fracasan siempre, las esperanzas que la suerte pisotea implacablemente, los errores fatales de toda la vida, con el dolor, que va creciendo, y con la muerte por desenlace, forman en verdad una tragedia. De esta manera, como si á la desolación de nuestra existencia hubiera querido añadir la suerte el escarnio, nuestra vida encierra todos los dolores de la tragedia, sin que conservemos, al menos, la dignidad de personajes trágicos. Por el contrario, somos forzosamente, en los pormenores de la vida, vulgares caracteres cómicos.

Aunque llenen la vida humana tormentos grandes y pequeños y la mantengan perpetuamente en la agitación y en la inquietud, no pueden, sin embargo, conseguir ocultarnos la insuficiencia de la vida para ocupar todo el espíritu, el vacío y la inanidad de la existencia, ni excluir el hastío, apercibido siempre á invadir cada instante de tregua que nos concedan los cuidados. Por consiguiente, el espíritu humano, como si no tuviera bastante con los tormentos, las inquietudes y las ocupaciones que le impone el mundo real, se crea nuevos cuidados, bajo la forma de mil supersticiones diversas; un mundo imaginario al cual se entrega enteramente y al cual consagra su tiempo y fuerzas, en cuanto el mundo real le concede un reposo que no es capaz de apreciar. Esto se observó antiguamente, de un modo particular, en aquellos pueblos á los cuales la clemencia del clima y la fertilidad del suelo hacían la vida fácil, primero entre los indios, luego entre los griegos y los romanos, y más tarde entre los italianos, los españoles, etc.

El hombre se crea á su imagen y semejanza, demo-

nios, dioses, santos, á los cuales tiene que ofrecer en seguida incesantes sacrificios, oraciones, ornamentos de iglesia, votos que debe cumplir, peregrinaciones, salutations, ricos adornos para las imágenes, etc. Su culto se confunde con la realidad, hasta el punto de que acaba por eclipsarla. Los acontecimientos de la vida son considerados como obra de esos seres; el comercio con ellos ocupa la mitad de la existencia, mantiene constantemente la esperanza y, por el encanto de la ilusión, llega á ser muchas veces más interesante que el de las criaturas reales. Es esto la expresión y el símbolo de las dos necesidades del hombre: necesidad de ayuda y protección, y necesidad de ocupación y entretenimiento; y si muchas veces perjudica al primero de estos fines, gastando inútilmente en oraciones y sacrificios, cuando le ocurre una desgracia ó se le presenta algún peligro, fuerzas y tiempo preciosos, en vez de invertirlos en apartar el mal, en cambio satisface mejor la segunda necesidad por medio de las relaciones fantásticas con el mundo de espíritus que se ha forjado: tal es el beneficio que nos proporcionan las supersticiones, y no es de desdeñar.

§ 59.

Ahora que nos hallamos convencidos en cierta manera, *à priori*, por las consideraciones más generales, por el estudio de los primeros caracteres intelectuales de la vida humana, de que ésta, en razón al conjunto de su disposición es incapaz de encontrar la verdadera dicha, y, por el contrario, no es en esencia más que un dolor, bajo mil distintas formas, y un estado absoluto de desgracia, podremos despertar en nosotros esta convicción más vivamente todavía, *à posteriori*, si pasando á los hechos reales evocamos con la imaginación los cuadros y

los ejemplos de miseria sin nombre que nos suministran la experiencia y la historia en cualquier lado á que volvamos los ojos y dirijamos nuestras investigaciones. Un capítulo de esta clase se prolongaría infinitamente y desnaturalizaría el punto de vista en que debe colocarse la filosofía, quitándole su generalidad. Además, semejante descripción podría pasar fácilmente por una de tantas declamaciones sobre las miserias humanas, y ser tachada de parcialidad por apoyarse en hechos aislados. La demostración *à priori*, fría y filosófica, basada en consideraciones generales, que hemos dado aquí del dolor, inseparable de la vida y fundado en su misma esencia, permanece á cubierto de toda sospecha y de toda acusación de este género. Su confirmación *à posteriori* es fácil de encontrar donde quiera. Todo hombre desengañado de los sueños de su primera juventud, que tenga en cuenta su experiencia propia y la ajena, que esté avezado á la vida, que conozca la historia de los siglos pasados y la de su tiempo, así como las obras de los grandes poetas, á menos que un prejuicio muy arraigado no extravíe su pensamiento, llegará infaliblemente á la conclusión de que este mundo es el reino del azar y del error, que le gobiernan sin piedad, en las cosas pequeñas como en las grandes, y junto á los cuales la necedad y la maldad blanden también su férula. Bajo semejante régimen, lo bueno se abre paso con trabajo; lo noble y lo sabio rara vez pueden mostrarse, obrar y encontrar eco, y en cambio conservan el poder efectivo, interrumpido sólo por breves interregnos, lo absurdo y lo falso en la esfera del pensamiento, lo vulgar y lo insípido en la del arte y, en fin, lo avieso y lo astuto en el terreno de la acción. Lo perfecto, de cualquier género que sea, es siempre una excepción, un caso único entre millones de casos. Por eso cuando se produce en una obra duradera, ésta, después

de haber sobrevivido á la animosidad de los contemporáneos, permanece aislada, se la conserva como se conserva un meteorito, nacido de un orden de cosas diferente del que reina en este mundo.

Cuanto á la vida de los individuos, cada biografía es una historia del dolor, pues por regla general, cada existencia es una serie continua de desdichas grandes y pequeñas, que cada cual oculta, en verdad, todo lo posible, porque sabe que los demás experimentan rara vez interés ó lástima y casi siempre satisfacción, ante el relato de los dolores de que en aquel momento se hallan libres. Pero quizá no hay hombre que al final de su vida, si conserva toda su razón y es al mismo tiempo sincero, desee comenzarla otra vez y no prefiera dejar de existir en absoluto. La substancia del famoso monólogo de Hamlet es en resumen la siguiente: Nuestra condición es tan miserable, que el no ser absoluto es ciertamente preferible. Si el suicidio nos proporcionara el aniquilamiento de modo que la alternativa de *ser ó no ser* existiese en realidad, en toda la acepción de la frase, entonces habría que recurrir infaliblemente á él, como al desenlace más envidiable. Pero hay en nosotros algo que nos dice que no es así, que por este medio no acaba todo, que la muerte no es el aniquilamiento absoluto.

El padre de la historia enuncia la idea, no refutada hasta ahora, que yo sepa, de que no hay hombre en el mundo que no haya deseado más de una vez no despertar al día siguiente. (Herodoto VII, 46.) Bajo este aspecto, lo mejor de la existencia es su brevedad, tan lamentada con frecuencia.

Si á cada uno le pusieran delante de los ojos los dolores y los tormentos espantosos á que está expuesta constantemente su vida, se llenaría de terror. El optimista más endurecido, si se le hiciera visitar los hospita-

les, lazaretos y salas de operaciones quirúrgicas, las cárceles, las cámaras de tormento y las ergástulas de los esclavos; si se le condujera á los campos de batalla y á los lugares donde se alza el patíbulo; si se le hiciera penetrar en los oscuros rincones donde va á esconderse la miseria, para huir de las miradas de la fría curiosidad; si, en fin, se le hiciera echar una ojeada á la torre de Ugolino, hambriento, es seguro que acabaría por comprender de que naturaleza es el «mejor de los mundos posibles.»

¿De dónde tomó Dante los materiales para su *Infierno*, sino de nuestro mundo real? Y sin embargo, pintó un infierno en toda regla. Por el contrario, cuando quiso describir el cielo con sus beatitudes, tropezó con dificultades insuperables, en razón á que nuestra tierra no suministra elementos para nada parecido. Así fué que no le quedó otro recurso que mostrarnos, en lugar de la felicidad del paraíso, las enseñanzas que había recibido de sus antepasados, de su Beatriz y de diversos santos. Esto indica suficientemente qué mundo es el nuestro. Verdad es que el teatro de la vida humana, como toda mala mercancía, reluce con falso brillo. Lo que se sufre se oculta siempre, y por el contrario, cada cual hace ostentación del fausto y del esplendor que ha podido adquirir, y cuanto más carece de satisfacción interior, más desea pasar por dichoso á los ojos de los demás. Tal es la necedad de los hombres, que la opinión de las gentes es uno de los fines principales de su existencia, aunque la inanidad de ese fin está ya expresada en lo que significa en todos los idiomas la palabra vanidad, *vanitas*, cuyo primitivo sentido es vacuidad, nada.

Pero bajo este mismo brillo deslumbrador, los tormentos de la vida pueden tomar proporciones tales (como ocurre todos los días) que se recurra con afán á esa